

Cultura afectiva y emotividad: las emociones en la vida social

LE BRETON, David (1999) *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*, Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Por Macarena Fernández

Universidad Nacional de General Sarmiento, IDES. Argentina.

macafer@gmail.com

En este trabajo el autor se propone construir una antropología de las emociones a través de dar cuenta de las maneras en que éstas se construyen socialmente. Para llevar a cabo la tarea recorre diferentes maneras en que los individuos se apropian de las formas de mostrar y compartir sus emociones. Discute con las concepciones naturalistas del cuerpo y la vida emocional y se apoya en dos conceptos para otorgarle a las emociones una base social: cultura afectiva y simbólica social.

Lo social de lo “natural”

Le Breton discute la mirada cientificista del cuerpo afirmando que este también es una construcción cultural. Lo comprende como una superficie en la que se inscriben los códigos culturales; este siempre es propio y a la vez es de todos, en tanto en él aparecen los simbolismos que dan carne al vínculo social. El individuo habita su cuerpo de acuerdo a orientaciones sociales y culturales que lo atraviesan, pero las representa a su manera según su temperamento y su historia personal. En las sociedades occidentales actuales el cuerpo es el individuo; la apropiación del cuerpo en forma individual permite crear el artificio de pensar que es independiente de la vida social y tiene una existencia en sí mismo. El cuerpo es lo que otorga individualidad a cada uno, su distinción. Se lo piensa como soporte del indivi-

duo, su límite y su frontera con el resto del mundo. Es decir, se lo trata como el “recinto del sujeto”. A la vez, y paradójicamente, el cuerpo es “borrado” de la simbólica social y “desplazado” hacia campos especializados del saber como es la medicina o la educación física. Sin embargo, es una construcción simbólica, no una realidad en sí mismo. Para discutir con estas concepciones Le Breton se interroga de qué modo lo individual, lo biológico y lo social conjuntamente construyen al cuerpo.

La sociedad occidental moderna se monta sobre un dualismo fundante que permite la emergencia de un sujeto particular: la separación entre cuerpo y mente. Este dualismo está vinculado, por un lado, al ascenso del individualismo como forma hegemónica en la sociedad y, por otro, a la hegemonía del positivismo y el racionalismo. Esta concepción ha transformado el cuerpo en una especie de *alter ego* del hombre. Frente a esto, el autor afirma que lo corporal no sólo es condición humana sino que es un espacio de inscripción de lo social.

De la misma manera que trabaja lo social del cuerpo-sus concepciones y usos- también analiza -desde esta perspectiva y con interrogantes similares- las emociones. Partiendo del supuesto que las emociones no son ni puramente individuales ni puramente biológicas, rastrea las maneras en que son compartidas y expresadas según cada sociedad.

La emoción en la vida social ha sido un tópico recurrentemente rechazado por las ciencias sociales relegándolo a la psicología y a la medicina. Sin embargo, al preguntarse: por qué se expresan de cierta manera los sentimientos, cuáles son los ritos asociados a las emociones, cuáles son los códigos de comportamientos frente a la emergencia de tal o cual sentimiento, aparece la idea de que las emociones son compartidas socialmente aunque expresadas y vividas de modo particular por cada individuo en una sociedad determinada. Las emociones son relaciones, no son estados absolutos o sustancias susceptibles de transponerse de un individuo a otro.

Las ideas naturalistas. Dos tensiones: lo cultural/lo natural y la razón/la emoción

Para desarrollar su punto de vista Le Breton debate con las ideas naturalistas sobre los sentimientos. El debate entre lo innato y lo adquirido se hace carne en este campo. Se presenta una doble tensión entre lo cultural/lo natural y la razón/la emoción.

La tensión entre lo natural y lo cultural es abordada por el autor a través del debate con la corriente naturalista. Esta afirma que las emociones son reacciones fisiológicas del cuerpo frente a determinados estímulos, son similares entre los individuos y pertenecen al orden de lo netamente individual. Estos teóricos no dan un peso significativo al aspecto cultural y, por el contrario, acentúan un aspecto filogenético del ser humano y de sus emociones. También postulan que los sentimientos permanecen invariables a través del tiempo y de las diferentes sociedades.

Le Breton señala que la limitación de las visiones naturalistas es que descartan la dimensión simbólica de las emociones y se limitan a inventariarlas más allá de su peso individual o social, es decir, que también descartan una mirada de profundización psicológica. Además, postula que la emoción muchas veces está plagada de ambivalencia y se expresa en variados matices. Las emociones deben ser pensadas como una serie de interpretaciones, relaciones, expresiones que se modifican según el contexto y de acuerdo a una singularidad particular. Concluye que el naturalismo no realiza un aporte real para comprender y analizar las formas en que el individuo siente los diferentes episodios de la vida y la forma en que los expresa a los demás.

En relación a la segunda tensión trabajada por el autor al momento de analizar las emociones y su expresión, señala que el sentido común muchas veces relaciona emoción con falta de racionalidad o estallido de esta, como lo inmanejable; entendiendo que razón y sentimiento se excluyen mutuamente. Así las emociones aparecen dotadas de autonomía. Este dualismo es concomitante a aquel que expone la contradicción entre mente y cuerpo.

Sin embargo, Le Breton plantea esta dualidad como debatible: el pensamiento y el sentimiento se implican mutuamente, un hombre que piensa es un hombre afectado y viceversa. Siguiendo a Piaget cita: "no hay proceso cognitivo sin puesta en juego afectiva y a la inversa. La inteligencia no se concibe sin una afectividad que la impregne" (Le Breton, 1999: 108). La oposición razón/ emoción es la negación de que ambas están dentro de una lógica personal, de valores y de afectividad. Ambas están interrelacionadas y se definen en forma complementarias.

Cultura afectiva. Sentimientos compartidos

Le Breton para dar cuenta de cómo los sentimientos son compartidos socialmente introduce el concepto de cultura afectiva. A partir de la afirmación de que las formas de expresar y nombrar los sentimientos varían de una sociedad a otra se destituye la idea de la universalidad de las emociones. Las emociones participan de un sistema de sentidos y valores que son propios de un conjunto social. Es decir, para que un sentimiento sea expresado y experimentado por un individuo aquel debe pertenecer al repertorio común del grupo social. Por tanto, las emociones actúan como modos de afiliación a una comunidad, son maneras de comunicarse y de permanecer juntos. De este modo, el autor se refiere a cultura afectiva como un saber afectivo que circula, de manera difusa, en la sociedad y enseña a los actores -según su sensibilidad personal- las impresiones y actitudes que deben tomar según las vicisitudes que se imponen a su vida personal. La cultura afectiva es el repertorio de sentidos y valores de las emociones, lo que hace inteligible un sentimiento. En la medida en que se comparte la manera de sentir se puede dar sentidos a la individualidad en la vida social otorgando esquemas de experiencia y acción que orientarán la conducta de los individuos. Esta cultura afectiva actúa como una especie de arcilla social.

Sin embargo, el concepto de cultura afectiva no supone una determinación de lo social por sobre las emociones individuales. El actor no responde de forma unívoca según el repertorio de valores y maneras que le entrega la cultura afectiva de su sociedad sino que dentro de ese repertorio el individuo "juega" con las emociones. Por otro lado, siempre cabe la posibilidad que el actor rompa con las expectativas sociales y se produzca una turbación o decepción dentro del grupo. Es decir, que el individuo siente y se expresa según los códigos de su grupo social con la libertad y la determinación dada por su individualidad. A saber, todas las emociones provienen de la cultura, hay una cultura afectiva que da valores y sentidos a las emociones en la cual el actor se sitúa, pero con su modo personal de ser.

Le Breton comprende que la acción conjunta no es simplemente la suma de todos los actos individuales, sino que la crean los actores y sus acciones al ir acomodándose y haciéndose indicaciones unos a otros. El autor habla de la interacción como danza, como una "forma de homeostasis que mantiene dentro de un universo de sentidos una interdependencia entre los actores" (Le Breton, 1999: 99). O sea, que en el intercambio entre actores, los códigos comunes que se construyen dan sentidos y hacen posible la interacción. Así, ejemplifica, las conversaciones se convierten en rituales de danza donde los *partenaires* responden creando juntos un ritmo y una coherencia.

Simbolismo social. La afectividad como dadora de sentidos

Las sociedades construyen sentidos, dan códigos, rituales, lenguajes que permiten ahogar la angustia de lo desconocido, del sinsentido, de lo inesperado. La sociedad otorga herramientas de interpretación, no hay una realidad, hay interpretaciones: la cultura no es más que herramientas para interpretar lo que sucede y construirlo como real. Así, una emoción no depende de circunstancias es-

pecíficas sino de las interpretaciones que haga el sujeto de esas circunstancias.

La construcción de la realidad genera un orden simbólico que mediante la educación los individuos interiorizan. Este orden modela los sentimientos, el lenguaje, las formas de moverse, la gestualidad, etc. Así, señala el autor, el simbolismo social toma todas las manifestaciones del cuerpo, incluidas las emociones. Una emoción que es interpretada y actuada de una manera está dando sentido a la vida social misma. "Las emociones se separan con dificultad de la trama entrelazada de sentidos y valores en que se insertan: comprender una actitud afectiva implica desenrollar en su totalidad el hilo del orden moral de lo colectivo, identificando la manera en que el sujeto la vive en cada situación" (Le Breton, 1999: 118).

La afectividad está constantemente impregnando la relación del individuo con el mundo, no como una mediación entre uno y otro sino como parte del orden simbólico y moral que permite la construcción de lo "real" compartido. La afectividad es la resonancia íntima de lo que sucede en el ámbito social e interpersonal. Las emociones surgen de un individuo preciso, en un contexto específico y ante una situación definida; estas no son puras ni son objetos aprehensibles, sino más bien, se trata de una "tonalidad afectiva" que se modifica constantemente cada vez que la relación con el mundo se transforma. La afectividad llena la vida social a la vez que es individual. Resumiendo: la afectividad es una relación con el sentido. Las emociones son modos de filiación a una comunidad social, una manera de reconocerse y de poder comunicarse juntos contra el fondo de una vivencia similar.